



31 de marzo de 2026

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En la mañana de Pascua, nos situamos junto a los primeros discípulos ante el sepulcro vacío y nos encontramos con una verdad tan asombrosa que cambió para siempre el curso de la historia: Cristo ha resucitado. La Resurrección de Jesús se halla en el corazón mismo de nuestra fe. Es el fundamento de nuestra esperanza y la fuente de sentido en nuestras vidas hoy. Puesto que Cristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte, sabemos con certeza que la oscuridad, el sufrimiento y la desesperación nunca tendrán la última palabra.

Sin embargo, aun mientras nos regocijamos en esta fiesta tan sagrada, permanecemos plenamente conscientes del sufrimiento que continúa afligiendo a nuestro mundo. En muchos lugares, las familias viven inmersas en la incertidumbre y el miedo cotidiano. Los conflictos persistentes en Ucrania y en Oriente Medio pesan gravemente sobre los corazones de las personas en todas partes, mientras incontables vidas inocentes quedan marcadas por la violencia, el desplazamiento y la pérdida. Más cerca de casa, muchos de nosotros cargamos con nuestras propias cruces personales: luchas familiares, enfermedades, soledad, duelo o inquietud ante el futuro.

Es precisamente en un mundo marcado por tal dolor donde el mensaje de la Pascua resuena con mayor fuerza. La Resurrección proclama que Dios está obrando incluso cuando la noche parece más oscura. La piedra que sellaba el sepulcro no pudo contener la vida que Dios había prometido. Del mismo modo, las fuerzas del odio, la división y la guerra no pueden vencer el poder del amor de Dios, revelado en Cristo resucitado.

En aquella primera noche de Pascua, cuando Jesús se apareció a sus discípulos, sus primeras palabras fueron sencillas, pero profundas: «La paz esté con ustedes». Estas palabras no eran meramente un saludo o una garantía; eran una misión. El Señor resucitado encomendó a sus seguidores la tarea de llevar su paz a un mundo herido. Esa misma misión nos es encomendada hoy a nosotros.

Como nos recuerda el Papa León: «Reconocer la Resurrección significa cambiar la propia mirada sobre el mundo: volver a la luz para reconocer la Verdad que nos ha salvado, y que nos salva. Hermanas y hermanos, permanezcamos vigilantes cada día en el asombro de la Pascua de Jesús resucitado. ¡Él solo hace posible lo imposible!» (Papa León XIV, Audiencia General, 22 de octubre de 2025).

En esta Pascua, los invito a cada uno de ustedes a seguir renovando su compromiso de ser instrumentos de la paz de Cristo. La paz comienza en nuestros propios corazones: a través de la oración, el arrepentimiento, el perdón y una confianza más profunda en Dios. Echa raíces en nuestras familias cuando elegimos la paciencia, la compasión y la comprensión. Crece en nuestras parroquias y comunidades cuando tendemos la mano a quienes sufren, se sienten aislados o están necesitados.

Al comienzo de la Cuaresma, los animé a meditar sobre las Obras de Misericordia Corporales y a hacerlas suyas, particularmente al recordar a los migrantes y refugiados —y, cuando sea posible, al abogar en su favor—, quienes hoy enfrentan tantos desafíos. Les pido que mantengan este compromiso en la alegría y la esperanza del tiempo pascual. La paz de Cristo se convierte en un poderoso testimonio cuando las personas de fe oran y trabajan juntas por la reconciliación, la justicia y el respeto a la dignidad de toda vida humana.

Nuestras oraciones verdaderamente importan. La oración puede parecer una respuesta silenciosa en un mundo colmado por el ruido del conflicto y la división; sin embargo, sigue siendo uno de los actos de esperanza más poderosos que poseemos. Oremos especialmente por quienes viven en regiones assoladas por la guerra, por los líderes de las naciones —para que elijan el diálogo por encima de la violencia— y por todos aquellos que trabajan a diario para traer paz, sanación y reconciliación a nuestro mundo.

La Resurrección nos asegura que el plan de Dios es siempre mayor que las tragedias que vemos ante nosotros. Así como los discípulos pasaron del miedo a la fe al encontrarse con el Señor resucitado, así también nosotros estamos llamados a vivir como personas de esperanza, confiados en que Cristo camina con nosotros y continúa renovando el mundo a través de su gracia.

Que esta temporada de Pascua renueve nuestra fe y fortalezca nuestra determinación de ser testigos de la paz de Cristo. Que nuestros hogares, parroquias y comunidades se conviertan en lugares donde la luz de la Resurrección brille con intensidad, a la vista de todos.

Tengan la certeza de mis oraciones por ustedes y sus familias durante este tiempo de gozo. Que nuestra Madre Santísima —quien compartió la Pasión de su Hijo y se regocijó en su victoria pascual sobre la muerte— interceda por nosotros. Que la paz de Cristo resucitado llene sus corazones, guíe a nuestro mundo hacia la reconciliación y nos conduzca cada vez más profundamente hacia la esperanza que no defrauda.

Sinceramente en Cristo,

Excelentísimo y Reverendísimo Timothy C. Senior
Obispo de Harrisburg